

PLANTAS MEDICINALES: MEDICAMENTOS Y VENENOS

Ricardo Gil Otaiza¹

Resumen

En el presente ensayo se muestra la estrecha relación existente entre el efecto terapéutico de las plantas medicinales con su potencialidad tóxica, lo cual trae consigo la posibilidad de un daño al paciente que pudiera resultar irreversible y en última instancia fatal. Los principios activos contenidos en la planta le confieren así la cualidad de droga, lo que hace de la denominada herbolaria una práctica no exenta de riesgos. En todo caso, se aboga por una terapéutica adecuada, así como por una certera práctica médica y farmacéutica.

Palabras clave: Plantas Medicinales. Medicamentos. Venenos.

¹ Merideño. Farmacéutico. Profesor Titular (J) de la Facultad de Farmacia y Bioanálisis, Magíster en Educación Superior, mención Docencia Universitaria. Magíster en Gerencia Empresarial. Doctor en Educación, mención Andragogía. Doctor en Ciencias de la Educación, con postdoctorado en Gerencia en las Organizaciones. Investigador activo. Escritor con 34 libros publicados. Columnista del diario Frontera de Mérida y de El Universal de Caracas. Biógrafo de Tulio Febres Cordero. Ex Decano de Facultad de Farmacia y Bioanálisis. Editor Honorario de la Revista de la Facultad de Farmacia. Actual presidente de la Academia de Mérida. rigilo99@hotmail.com @GilOtaiza
www.gil-otaiza.blogspot.com

MEDICINAL PLANTS: MEDICINES AND POISONS

Abstract

The present essay shows the close relationship between the therapeutic effect of the medicinal plants and its toxic potential which brings with it the possibility to cause harm in the patients, these damages could be irreversible and ultimately fatal. The active principles of plants confer them the quality of drugs, which makes the herbalism do carry risks as well. It is necessary an adequate therapeutic and a good medical and pharmaceutical practice.

Key words: Medicinal plants, medicines, poisons.

Nacemos indefectiblemente unidos a la naturaleza, como si por decisión de un más allá ininteligible y etéreo, hubiésemos sido puestos a la deriva y como única tabla de salvación una estrecho vínculo con las plantas. Ellas representan para nosotros el necesario vaso comunicante con el planeta, y su destino constituye —sin lugar a dudas— el de todos los seres que lo habitamos. Una somera mirada a los sutiles hilos que nos mantienen atados a la vida, nos conduce de manera ineludible a toparnos con la extraña complejidad de unos “entes” que asumen casi en su totalidad el equilibrio de la biosfera. Pero más allá de todo esto, que trae consigo aparejada una reflexión con respecto a los evidentes signos de deterioro y cansancio que presenta la Tierra, intentemos visualizar la relación genérica ser humano-planta, y todo lo que conlleva, para centrarnos un poco en los beneficios que en materia de salud trae consigo el mundo vegetal.

Sorprende el poder constatar la ingente multiplicidad de sustancias presentes en el interior de los vegetales, que establecen a cada instante una perfecta relación bioquímica, tanto dentro como fuera de los mismos, y que trae como resultado diversidad de reacciones y retroacciones que hacen posible el milagro de

la terapéutica herbolaria. Centenares de moléculas activas se relacionan, se concatenan, se entrelazan para alcanzar la plenitud de una potencialidad a la que han echado mano millones de seres a lo largo de la historia de la humanidad. En ese intercambio, que representa parte sustancial de la cultura de los pueblos, hemos adquirido una experiencia en el uso de las plantas medicinales, que constituye un indiscutible legado del proceso de *Hominización del Ser*.

Si bien, el paso del conocimiento ancestral del uso de las especies vegetales medicinales, dado generación tras generación, ha traído como consecuencia “normales” tergiversaciones y distorsiones en la práctica de la herbolaria, que le insuflan al “todo” visos de “alerta”, no menos cierto ha sido su ingente aporte al enriquecimiento del acervo terapéutico, del cual han echado mano las distintas civilizaciones a los fines de la conquista —cuando no de la recuperación— de la salud. En este camino de la hermenéutica del comportamiento de las plantas en el interior de nuestro organismo, apoyado con la emersión de la “ciencia” y de su pensamiento metódico, hemos podido vislumbrar la esencia de una práctica certera, profunda, que busca ir más allá de la mera suposición y de lo empírico, para adentrarse en el entramado de densas redes de interconexión molecular, que impactan los centros del morbo con especial eficacia. La ciencia llegó para corroborar lo que desde antiguo se sabía: las plantas como fuentes seguras en la conquista de la vida.

En esta dinámica compleja de la acción de los principios activos de las plantas en el organismo, es dable prever la posibilidad de efectos no deseados, que supondrían consecuencias graves —a veces letales— en el paciente. La planta, erigida en droga (con toda su connotación gnoseológica), actúa en consonancia con la bioquímica corporal, y en esa dinámica entran en juego diversidad de variables que hacen de la herbolaria una práctica no exenta de riesgos. Haz y envés constituyen así las dos caras de un mismo proceso, que trae consigo curación o afectación, salud o toxicidad, vida o muerte. La dialógica que se establece desde la terapéutica natural nos permite sopesar en su justa dimensión, los límites —muchas veces sutiles— entre un efecto deseado y un efecto adverso. Si como lo plantea la terapéutica herbolaria desde los tiempos de Paracelso, en una misma planta hallamos remedio y tóxico, la conclusión necesaria será en definitiva, que depende

sólo de una buena práctica terapéutica el que se tenga uno u otro carácter; una u otra cualidad epistémica.

La historia de las plantas es en sí misma la historia de la humanidad y del quehacer terapéutico. Medicina y farmacia se reconocen así como parte de un mismo tronco, unidas por y con las plantas. El símbolo universal de la medicina muestra al dios Asclepios (*Asklépios*) de los griegos (o a Esculapio de los romanos) representado por un bastón (báculo o caduceo) en el que se encuentra enrollada una serpiente. El báculo es el signo de la experiencia adquirida con el tiempo (sabiduría), mientras que la serpiente es signo del misterio devenido en cambio de piel, en rejuvenecimiento y eternidad. El médico vendría a representar —como diría Celsi²— una especie de dios que lucha para que su paciente alcance una larga vida. Como se ha de suponer, la herramienta terapéutica de la que echa mano ese “dios” es la planta y sus insondables misterios. En el caso del emblema de la farmacia hallamos a la diosa Higieia, hija de Asclepios, representada en la copa (o cáliz) y dentro de ella las drogas y su potencialidad curadora.

Como se planteó en el caso de la medicina, en el emblema de la farmacia también encontramos a una serpiente sagrada enrollada, ya no en un báculo, sino en la copa, pero en la mitología griega la serpiente aquí representa la que le confiere a esa pócima o brebaje la virtud de curar (servir de medicamento). La hermenéutica de dicho fenómeno podría también incorporar la lógica explicación dada por diversos autores, en el sentido de que al tocar con su lengua la pócima, la serpiente sagrada le confiere a la droga allí contenida, el carácter de medicamento o de veneno. Dualidad universalmente aceptada, como queda dicho, y que sólo es dirimida desde el ángulo de una dosis adecuada. La potencialidad del *pharmakon* que mencionáramos líneas atrás, vendría a significar en todo caso una línea sutil en la que se pone en juego tanto la salud como la vida del paciente. La conjunción de la pericia del médico con el arte del farmacéutico, constituyen pues el fiel de esta balanza, que en su isócrono movimiento pendular debate la suerte y el destino de quien accede a una droga.

² En Helman, José. 1982. *Farmacotecnia teórica y práctica*. Editorial Continental C.A. México.

El consumo de un fármaco de origen vegetal a una dosis correcta, abre las puertas a todo un mecanismo de acción en el organismo del paciente, que en un plazo convenido deberá dar como resultado un efecto terapéutico determinado. No obstante, visto así, salta de inmediato una variable hasta ahora no comentada, cual es la imposibilidad de plantearse siquiera una dosis exacta que blinde al paciente de las potencialidades tóxicas de una planta. Entran así en juego diversos factores idiosincrásicos, culturales y ambientales, que, como tales, traen variabilidad en los pacientes, y en las comunidades. Raza, edad, genética, tradiciones, costumbres, oralidad, conocimiento ancestral, biodiversidad, clima, suelo, y empirismo, entre otros, podrían incidir de manera determinante, a la hora de sopesar cuál deberá ser la dosis correcta de una planta en un paciente en específico, para que ocurra en él un efecto terapéutico (o un efecto deseado).

La cantidad de droga vegetal que requiere un paciente para que se produzca una acción curativa, no es necesariamente equivalente en otra persona. O lo que es lo mismo: la droga vegetal en bruto (aquella que no ha recibido ningún tipo de procesamiento exógeno para su utilización, ya que proviene directamente de la naturaleza) no es estándar, y esto tiene implicaciones directas en cuanto a la dosis y al efecto terapéutico. Hilando muy fino podríamos argumentar acá, que en la herbolaria se plantea la necesidad de individualizarse el tratamiento con base en los requerimientos y condiciones de cada paciente, lo que implicaría una terapéutica de orden cerrado, que pueda ofrecerle a cada persona —y a cada comunidad— márgenes de efectividad adecuados, así como un mayor espectro de seguridad.

En la realidad presente de nuestras comunidades esto no es así. La herbolaria se ha hecho autárquica con el correr de los siglos, y su terapéutica se erige en sí misma en un sistema curativo de amplio uso en el orbe, con sus propias especificidades en cuanto a cosmovisión, diversidad, usos, dosis, cantidad de la planta, partes utilizadas, métodos de preparación, mezclas, y vías de administración, entre otras cuestiones. Cada conglomerado social se siente heredero y copartícipe de su propia terapéutica, y dentro de él ciertos personajes asumen la función de aquellos dioses del mundo griego y del romano, para quienes entre cielo y tierra no había nada oculto, sobre todo en materia de plantas y sus poderes curativos.

Cada civilización (y sus múltiples generaciones), en el pasado y en el presente, ha asumido en toda su connotación epistémico-cultural su relación con la naturaleza. El hecho de no tenerse a la mano la anhelada estandarización con miras a una mayor efectividad y seguridad en el uso de las especies vegetales medicinales, no ha sido obstáculo insalvable alguno para que la praxis terapéutica herbolaria extienda sus tentáculos con mayor fuerza en cada rincón del planeta, y día a día se sumen a ella legiones de personas procedentes de disímiles niveles socio-económicos, con el deseo de alcanzar una mayor esperanza de vida. Las plantas medicinales continúan siendo materia prima fundamental de los distintos sistemas de salud, y la ciencia, en su afán de buscar respuestas a cada interrogante (y de formularse muchas otras), sigue en su empeño por desentrañar de ellas esa “cualidad”, ese “don” y ese “misterio”, que las hace insustituibles en la compleja tarea de la preservación y restitución de la salud.

A pesar del largo camino andado durante los últimos siglos, y de haberse dilucidado (a la luz del portentoso desarrollo, sobre todo en las áreas de las ciencias médicas y farmacéuticas) los mecanismos de acción farmacológica, que les permiten a muchas especies vegetales ejercer en el organismo un determinado efecto terapéutico (y el vislumbrarse sus posibles efectos colaterales), poco se ha avanzado en la consecución de estrategias, que puedan servirnos de herramientas a la hora de evitar caer en el abuso de las plantas medicinales como principal factor de riesgo, el cual es distinto para cada especie; de allí su importancia.

Amalgamar con audacia todos los factores que inciden en una correcta terapéutica herbaria, no resulta fácil como hemos visto, y el sendero que conduce a ello es zigzagueante y está lleno de inmensos obstáculos, que sólo el tiempo podrá dirimir para futuras generaciones. Nos quedan tan sólo —y deberían bastarnos, si aplicamos el filtro de la razón— la permanente educación al paciente y la certera praxis médica y farmacéutica, como garantías de un correcto uso de las drogas vegetales; pero no son (ni han sido) suficientes si sopesamos (en su justa dimensión histórico-cultural) la larga tradición herbolaria pasada de generación en generación, que llega hasta nosotros impertérrita, convertida en certeza, en práctica y en sabiduría.